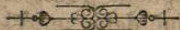


SEGUNDA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA,

EN QUE SE DECLARA LO QUE SE HA DE PEDIR, Y LAS
ORACIONES DE LA SANTA MADRE IGLESIA.



YA hemos explicado lo que se debe creer, que es lo primero. Vengamos ahora á lo segundo, que es lo que se ha de pedir.

P. *Decid el Padre Nuestro.*

R. *Padre Nuestro, &c.*

P. *Quién ordenó la oracion del Padre Nuestro?*

R. *El mismo Cristo nuestro Señor, á petición de los Apóstoles.*

P. *Para que la ordenó?*

R. *Para enseñarnos á orar.*

Despues de haber advertido Jesucristo á la multitud que le seguia, el secreto con que debian hacer sus buenas obras, especialmente las limosnas, pasó á enseñarles tambien el modo con que se debia orar, y dió principio á esta paternal instruccion, previniéndoles: que no imitasen á los hipócritas, que puestos en pié oraban en las sinagogas y en los ángulos de las plazas para ser vistos de los hombres: porque éstos, dijo, ya recibieron su premio (en su vanidad): que tampoco imitasen á los paganos que hablaban mucho en la oracion, creidos de que hablando mucho serian mejor oidos. Nada de esto hagais, añadió, porque vuestro Padre celestial sabe lo que os es necesario. Hechas estas prevenciones, vosotros, dijo, habeis de orar así: Padre nuestro que estais en los cielos &c. Aquí concluyó el soberano Maestro esta divina oracion que llamamos el *Padre nuestro*, por la palabra con que principia. Oracion breve, pero que contiene cuanto se puede pedir á Dios santamente. Oracion perfecta, que debe ser el modelo de todas las oraciones. Oracion, en fin, que dictó el Hijo de Dios para enseñarnos á orar.

P. *Qué cosa es orar?*

R. *Levantar á Dios el alma y pedirle mercedes.*

Orar es dirigirse el hombre á Dios, buscando en su infinita bondad el manantial de sus bienes, y en su infinita misericordia el remedio de sus males: es ir á presentar en su divino acatamiento la muchedumbre de sus miserias para que se apiade de él, y se nueva á socorrerle: es ir á implorar el perdon de sus pecados, y el auxilio de su gracia para no volver á co-

meterlos: es en fin, ir á suplicar que le conceda aquellos bienes espirituales que necesita para salvarse, y aquellos bienes corporales que convengan á su salvacion; de donde se sigue, que la oracion no es otra cosa que el movimiento de el alma que se dirige á Dios, pidiendo su salvacion y lo que convenga á su salvacion. La oracion es necesaria, porque lo es la salvacion que se pide en ella, y Dios no quiere conceder la salvacion á los que han llegado al uso de la razon, sin que se la pidan. Es verdad, dice San Agustín, que el Señor nos da algunas cosas sin que se las pidamos, como son el principio de la fé, el deseo de orar, los primeros movimientos hácia el bien, y otras á este modo; pero son infinitas las que no quiere darnos sin que se las pidamos, como son la gracia santificante, la victoria contra las pasiones, y sobre todo el don de la perseverancia final, sin el cual no hay salvacion para nosotros. Por eso nos exhorta tanto Jesucristo á que velemos y oremos. Velad y orad, nos dice por San Mateo. Velad y orad, nos dice por San Marcos. Velad orando en todo tiempo, añade San Lucas; y como si no bastaran tan multiplicadas exhortaciones, añade su ejemplo. Pasaba el Señor noches enteras orando, y no entraba en alguno de los sucesos principales de su vida sin prepararse con la oracion. Antes de dar principio al ministerio de su divina predicacion, oró mucho tiempo en el desierto, y la víspera de su santísima pasion oraba en el huerto con tanto fervor que llegó hasta sudar sangre. Se engañan, pues, lastimosamente aquellos cristianos que miran la oracion como propia únicamente de ecle-

siásticos y religiosos, y de algunas personas dedicadas á la piedad. Este es el órden que ha establecido el Señor para la salvacion de los hombres; la oracion es absolutamente necesaria á todos los que han de vivir y morir en su divina gracia, y entrar en la eterna gloria.

CONDICIONES PRINCIPALES DE LA ORACION.

Atencion. El sumo respeto debido á la Magestad de Dios, con quien vamos á hablar en la oracion, exige de nosotros una atencion reverencial y constante. Seguramente no se verá que un hombre, cuando está suplicando á los piés de un monarca de la tierra, que le perdone sus yerros, que le remedie sus necesidades, ó que le conceda gracias y mercedes, no conserve la atencion mas respetuosa, mas viva y mas constante. ¿Pues cuál deberá ser la nuestra, cuando estamos pidiendo estas mismas cosas al Monarca de los Cielos? Pero se dirá, que es imposible conservar una atencion semejante; que tanto nuestro pensamiento como nuestra imaginacion son indomables. Convenimos en que esto por desgracia es demasiado cierto; pero es necesario convenir tambien en que el hombre conserva sobre su pensamiento é imaginacion, á pesar de haber quedado tan desordenados por el pecado original, una parte de su primer dominio, el cual debe emplear hasta donde alcance, para conservar su atencion en la oracion, y no distraer-

se voluntariamente, porque las distracciones involuntarias no perjudican á la oracion.

Humildad. La inmensa magestad de Dios, á quien vamos á suplicar, nuestra indignidad, la multitud de nuestras miserias, nuestra pobreza, y la suma necesidad que tenemos de que el Señor nos mire con piedad y nos socorra. . . . todo está clamando humildad en el que ora, y no habrá cosa mas insufrible que presentarnos sin humildad á pedir á Dios sus gracias é implorar sus misericordias. Las sagradas Escrituras casi nunca nos hablan de la oracion, sin juntar con ella la humildad. Ya nos dicen, que la oracion del humilde penetra los cielos: Ya que el Señor mira la oracion de los humildes y no desprecia sus ruegos: Ya que en vano se le edifican templos y se le ofrecen sacrificios é inciensos, si no les acompaña un espíritu contrito y humillado; pero sobre todo, la parábola del fariseo y el publicano es la prueba mas concluyente de la necesidad de orar con humildad. Dos hombres subieron al templo á orar, dice Jesucristo; el uno fariseo y el otro publicano. El fariseo, estando en pié oraba en su interior de esta manera: ¡Oh Dios! gracias os doy porque no soy como los otros hombres, robadores, injustos, adúlteros, así como este publicano. Ayuno dos veces en la semana, y doy diezmo de todo lo que poseo. El publicano por el contrario, estando á lo lejos no osaba ni levantar sus ojos al cielo, sino que heria su pecho, diciendo: ¡Oh Dios! mostraos propicio á mí pecador. Os aseguro, concluye Jesucristo, que éste y no aquel, volvió justificado á su casa; porque todo el que se

ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

Confianza. La humildad en nada debe disminuir la confianza con que hemos de pedir á Dios. El Señor se agrada del alma que, prevenida de la humildad, se acerca á pedirle con confianza. Es esta tan necesaria en el que ora, que el Apóstol Santiago nos asegura, que una alma que pide sin confianza, es semejante á una ola del mar que, agitada del viento, es traída acá y allá, y que no piense que ha de recibir cosa alguna del Señor; y esto es muy justo, porque ¿qué podremos alegar para orar sin confianza? ¿que no somos acreedores á la gracia que pedimos? ¡Ah! eso es tan cierto, que los mayores santos han confesado lo mismo. ¿Que el Señor no puede concedernos cuanto bueno le pidamos? Eso seria negar su Omnipotencia. ¿Que no quiere? Eso ofenderia su bondad. ¡Oh cristianos, si nuestra confianza se fundara en la generosidad de los hombres, seria muy razonable nuestra desconfianza; pero se funda en la generosidad de Dios, ¿qué mayor seguridad? Es el Señor un padre cariñoso que nos ama con mas ternura que todos los padres del mundo á sus hijos; que está siempre dispuesto á oirnos favorablemente, y que desea que no pongamos estorbos á su bondad, para hacernos felices. Jesucristo dirigió una reprehension muy viva á todos aquellos que no ponian una entera confianza en su Padre celestial. *Si alguno de vosotros, les dijo, pidiere pan á su padre, ¿por ventura le dará una piedra? O si le pidiere un pez, ¿le dará una serpiente? O si le pidiere un huevo, ¿le dará un escorpion?*

Pues si vosotros, siendo malos, sabeis dar cosas buenas á vuestros hijos, ¡cuánto mas vuestro Padre celestial dará buen espíritu á los que se lo pidan! Contemos, pues, con la caridad inmensa de nuestro Padre celestial; presentémonos á pedirle con una confianza humilde y filial, y no dudemos que nos dará, ó bien aquello que le pidamos, ú otra cosa mejor, que sea mas conveniente para alcanzar nuestra felicidad eterna.

Perseverancia. No basta orar con atención, humildad y confianza, es necesario ademas orar con perseverancia. Jesucristo no solamente exhortaba con frecuencia á la perseverancia en orar, sino que se valió de las parábolas y ejemplos mas enérgicos para persuadirla. Despues de decirnos, que conviene orar siempre y no desfallecer, nos propone la parábola de un hombre que va á pedir á media noche tres panes prestados á un amigo, y aunque el amigo se resiste á levantarse y abrir su puerta en aquella hora, tanto le importuna, que al fin se levanta y consigue que le dé cuantos panes necesita; pero sobre todo, el ejemplo de la Cananea parece que no solo quiso hacernos patente la necesidad de perseverar pidiendo hasta conseguir, sino darnos tambien el modelo mas acabado de la perseverancia.

Era esta una muger pagana de la raza de Canaan. Habia oido hablar mucho de los prodigios que obraba Jesucristo, y como supiese que se acercaba á los términos de Tiro y de Sidon, donde ella moraba, corrió á su encuentro, y apenas alcanzó á verle, principió á clamar: Señor, Hijo de David, tened misericordia de mí. Mi hija está malamente atormentada

del demonio. Pero el Señor continuaba su camino sin contestarla, ni dar á entender siquiera que la oia; mas no por esto cayó de ánimo. Constante en su peticion, seguia á Jesucristo clamando: Señor, Hijo de David, tened misericordia de mí. Cansados los discípulos de oir sus clamores, se acercaron á Jesucristo, y le rogaban diciendo: Despachadla, Señor, porque viene clamando tras de nosotros; pero el Señor le respondió: Yo no he sido enviado sino á las ovejas que pecieron de la casa de Israel. Esta respuesta de Jesucristo fué para la suplicante mucho mas dolorosa que habia sido su silencio, pues nada la dejaba que esperar, puesto que era cananea y no pertenecia á la casa de Israel; pero esta muger admirable, en vez de desanimarse, redoblaba su fervor, corre, se abre camino por entre la multitud, se presenta delante de Jesucristo, se postra á sus divinos piés, le adora y clama: Señor, socorredme. Un rasgo tan tierno, una fé tan viva, una esperanza tan animada, una postura tan humilde, y una súplica tan fervorosa y reverente, parecia que aun no movian el ánimo de Jesucristo. No es bueno, la respondió, tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros. Esta segunda respuesta era capaz de intimidar y desalentar á la misma esperanza. Sin embargo, esta muger, este modelo de la perseverancia, saca de ella un nuevo motivo de esperanza. Es verdad, Señor, le responde, que no es bueno echar el pan de los hijos á los perros; pero tambien los cachorrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus dueños: ¡Oh muger! dijo entonces Jesucristo: grande es tu fé.

Hágase como lo pides; y desde aquella hora quedó sana su hija.

Petición. Entre las cosas que podemos pedir, hay unas que son buenas para nosotros, porque nosotros no podemos hacer mal uso de ellas, ni ellas pueden dejar de ser buenas. Estas son la felicidad eterna y los medios para conseguirla, esto es, la gracia y las virtudes; y estas cosas debemos pedir las absolutamente, porque absolutamente son buenas para nosotros. Hay otras que no siempre son buenas para nosotros, ó porque nosotros podemos hacer mal uso de ellas, ó porque ellas nos pueden ser perjudiciales. Estas son las felicidades temporales, los bienes, los honores, la salud y la vida; y estas debemos pedir las condicionalmente, esto es, si nos convienen, porque son muchos los casos y circunstancias en que no nos convienen. Es verdad que también podemos pedir cosas temporales, pero no ha de ser para fijarnos en ellas, sino para que nos sirvan de medio para ir á Dios. Hermanos, escribía San Pablo á los corintios, el tiempo es breve; lo que resta es, que los que son caídos, lo sean como si no lo fuesen; y los que lloran como si no llorasen; y los que compran como si no poseyesen; porque pasa la figura de este mundo. Dios no nos concede las cosas temporales para que nos fijemos en ellas, sino para que nos valgamos de ellas en nuestro viage al cielo; por consiguiente, si nosotros han de servir para hacer este gran viage, no debemos pedir las; y si nosotros han de estorbar, debemos pedir que no se nos concedan. Si la hacienda, la honra, la salud, la misma vida, han de impedir nuestra

salvacion, debemos desear que Dios no nos las conceda, por mas que se las pidamos; porque no nos importa tener buena salud, honores y riquezas, sino vivir y reinar eternamente en el cielo.

En nombre de Jesucristo. Todas nuestras peticiones deben hacerse en nombre de Jesucristo. Dios, en los consejos de su eterna sabiduría, ha determinado no conceder mercedes á los hombres, sino en nombre de su Santísimo Hijo. No hay salud en ninguno otro, dice San Pedro, ni hay otro nombre bajo del cielo en que nos sea preciso salvarnos. ¿Pero qué es pedir en nombre de Jesucristo? Es unir nuestras oraciones á su mediacion, y apoyar nuestras súplicas sobre sus méritos. Es valernos de un mediador, no solamente poderoso, sino también necesario. Por eso nuestra santa madre Iglesia concluye siempre sus oraciones con estas palabras: *por nuestro Señor Jesucristo.* Conclusion humilde y llena de consuelo, dice el Sr. Bossuet. Humilde, porque confiesa nuestra insuficiencia; y llena de consuelo, porque nos muestra en quién está nuestra fuerza. Aun cuando interponemos con Dios los méritos é intercesiones de los santos, como asimismo los de la Santísima Virgen, añadimos también á ellas esta necesaria conclusion: *por nuestro Señor Jesucristo;* porque en efecto, á Jesucristo somos todos deudores de las gracias que recibimos de su Eterno Padre, y de la paciencia y misericordia que usa con nosotros. Jesucristo es el Sacerdote eterno establecido en la casa de Dios para interceder siempre por nosotros; es el gran justo que tenemos en el cielo por abogado para con Dios;

es el Pontífice santo, inocente, immaculado, separado de los pecadores, y colocado sobre los mas altos cielos; que presenta por nosotros á su Eterno Padre el inmenso sacrificio de su pasion y muerte.

Oracion mental y vocal. La oracion mental es toda interior, y consiste en súplicas que hacemos á Dios sin valernos de palabras. La vocal es ademas exterior, y consiste en súplicas que hacemos á Dios, valiéndonos de palabras. La oracion mental puede hallarse, y se halla muchas veces sin la vocal; pero la vocal jamas puede hallarse sin la mental. La oracion vocal sin la mental, no es mas que un ruido de palabras, porque nada importa que se muevan los labios si no pide el corazon. La oracion vocal es mas cumplida y mas llena, porque suplican á un tiempo la lengua y el corazon, y se ofrecen al Señor la sumision del espíritu y el sacrificio de los labios; pero la mental es la esencial.

Meditacion. Mas no debe confundirse la oracion mental con la meditacion, aunque una y otra sean interiores. Meditar es discurrir y reflexionar. El que trata de un negocio grave ó de una resolucion importante, piensa, reflexiona, discurre; pero no ora ni pide. La meditacion, pues, no es oracion. Esto es indudable; mas tambien lo es que la meditacion es el alma de la oracion. Por eso los varones sábios y piadosos que han tratado de la oracion, han enseñado constantemente que la meditacion debe precederla y mezclarse tambien con ella, si se quiere que sea fructuosa. Efectivamente, la experiencia de todos los tiempos ha hecho ver los admirables frutos que

produce la oracion, cuando la precede ó acompaña la meditacion. Por eso seria de desear que, arreglada por un hombre sábio y prudente esa multitud de oraciones vocales con que se hallan agobiadas muchas almas piadosas, se entregasen éstas á la meditacion, empleando en ella una parte del tiempo que ahora gastan en rezar. Su corazon se mejoraria y adelantaria mas en un dia con la meditacion y oracion, que en un año con esa multitud de rezos, dice el cardenal Belarmino.

Penetrados de esta verdad los santos fundadores de las religiones, han cuidado mucho de que en sus comunidades preceda la meditacion á la oracion, especialmente á la mental; y los sábios del cristianismo, persuadidos de esta misma verdad, han escrito hermosos tratados de meditacion y oracion, presentando en ellos con una energía admirable, las principales materias de la religion, para preparar á la meditacion, y han dado al mismo tiempo reglas llenas de prudencia para la direccion de los fieles en este asunto importante. Entre ellos, el venerable padre Fr. Luis de Granada, escribió un tratado de la meditacion y oracion, muy acabado y proporcionado á toda clase de personas. Lo que ha enseñado este pequeño libro, las almas á quienes ha desengañado, y las que ha sacado del camino del vicio y llevado á la virtud, son innumerables.

Oracion en comun. Esta es la que hacen dos, ó tres ó mas personas reunidas. Jesucristo la dejó recomendada de un mudo muy eficaz, prometiéndonos que si dos de nosotros nos reuniésemos á pedir al-

guna cosa sobre la tierra, nos será concedida por su Padre que está en los cielos, porque donde están dos ó tres congregados en mi nombre, añadió, allí estoy en medio de ellos. ¿Qué recomendación puede darse mas eficaz de la oracion en comun, que asegurarnos el mismo Jesucristo que él está allí en medio de los que así oran, para que su Padre celestial les conceda lo que pidan! Los fieles deben procurar en cuanto buenamente se los permita su estado, esta práctica de orar en comun, concurriendo al templo del Señor á implorar en él sus misericordias y solicitar sus gracias; bien sea orando reunidos, ó bien orando por sí solos; pero congregados en la casa de oracion, y unidos en un mismo espíritu de fé, religion y piedad.

Oracion particular. Esta es la que hace cada persona retirada de las demas. Tambien es muy provechosa, y algunas veces mas que la comun, porque la soledad y el silencio contribuyen mucho al recogimiento, y el que ora en su retiro no se halla oprimido por los miramientos humanos, y tiene libre su entendimiento para entregarse á Dios y á los sentimientos piadosos de su corazon. El mismo Jesucristo dice: cuando orares entra en tu aposento, y cerrada la puerta, suplica á tu Padre en secreto. El cristiano, pues, debe practicar la oracion en comun, y la particular, puesto que una y otra está recomendada por Jesucristo. Debe aprovechar las ocasiones de orar reunido con otros fieles y en público, y las de orar solo y en secreto. En fin, debe valerse de la oracion en comun, como de arma mas poderosa, y

de la oracion particular como de arma mas acomodada.

P. *Por qué nos enseñó el Señor á llamarle de Padre?*

R. *Para que le pidamos con afecto de hijos.*

Jesucristo quiso que principiásemos esta divina oracion, llamando á Dios *Padre nuestro*, y no *Señor nuestro*; porque la palabra *Señor*, nos da idea de aquel Dios de imperio y magestad, ante cuyo acatamiento se postran los ángeles, y doblan las rodillas todas las potestades del cielo, de la tierra y de los abismos; y la palabra *Padre*, nos da idea de aquel Dios de amor y de ternura, que se complace en oír las súplicas de sus hijos, y despacharlas favorablemente. Aquella palabra nos inspiraría temor y reverencia; ésta nos inspira confianza. Aquella nos intimaría el conocimiento de que somos siervos de nuestro Señor; ésta nos hace ver que somos hijos de nuestro Padre.

P. *Cómo lo somos?*

R. *Por el ser que de él hubimos de naturaleza y gracia.*

Cuando dice nuestro autor en esta respuesta, que somos hijos de Dios por el ser que de él hubimos de *naturaleza*, lo que da á entender es que Dios nos crió y nos hizo á imágen y semejanza suya, y que es nuestro autor en el orden de la naturaleza, como tambien lo es en el orden de la gracia, en el cual tambien nos da otro ser sobrenatural, que es el de la gracia santificante. Este ser sobrenatural es el que mas propiamente nos hace hijos de Dios, porque consiste en la gracia santificante, y esta gracia es participacion

de la naturaleza divina; mas como esta participacion es por semejanza, aunque real y fisica; y como esta gracia es creada, no podemos decir que con toda propiedad somos hijos de Dios; sino solamente en la manera explicada. Solo Jesucristo, en quanto Dios, es hijo natural de Dios, resplandor del Padre, figura de su sustancia, y plena imágen de la divinidad. Nosotros somos hijos de adopcion, la cual adopcion nos mereció Jesucristo, y sin ella no se nos daria la gracia que nos hace hijos de Dios. Tambien por el bautismo somos hijos de Cristo y de la Iglesia; y en todo esto debemos contemplar la incomparable dignidad á que nos ha elevado Dios, haciéndonos hijos suyos, y haciéndose él Padre nuestro, para que á toda costa y con cualquiera sacrificio conservemos este ser divino, y no lo perdamos por la culpa.

P. *Cuando decís el Padre nuestro, con quién habláis?*

R. *Con Dios nuestro Señor y Padre.*

Cuando decimos el Padre nuestro, no hablamos solamente con la primera persona de la Santísima Trinidad, que es el Padre, sino tambien con la segunda, que es el Hijo, y con la tercera, que es el Espíritu Santo. Hablamos con Dios trino y uno. Decimos Padre nuestro, y no del universo, porque en rigor no puede llamarse Padre de aquellas criaturas que carecen de entendimiento para conocerle, y de voluntad para amarle; ni tampoco ellas pueden llamarse hijas de Dios, sino criaturas de Dios ú obras de Dios, porque siendo puramente corporales, ninguna semejanza pueden tener con Dios, que es un espíritu

purísimo. Despues de los ángeles, solo á los hombres conviene el angusto nombre de hijos de Dios, ya porque hemos sido criados á su imágen y semejanza, y ya porque hemos sido adoptados por hijos suyos por los méritos de Jesucristo; y por lo mismo, en este mundo, solo los hombres tenemos derecho á llamar Padre nuestro á Dios nuestro Señor.

P. *Dónde está Dios nuestro Señor y Padre?*

R. *En todo lugar, por esencia, presencia y potencia.*

Dios está en todas partes, porque es inmenso. Donde quiera que nos hallamos, estamos sumergidos en esta inmensidad, á la manera que los peces del mar, donde quiera que se hallan están sumergidos en sus aguas; por eso decia David: *¿A dónde huiré, Señor, de tu presencia? Si subiere al cielo, tú allí estás; si bajare al infierno estás presente; y si tomare las alas del ave y volare á habitar en las extremidades del mar, allí me rodeara tu diestra.* Dios, pues, está en todas partes, y lo está por esencia, presencia y potencia. Por esencia, porque está dando el ser, el movimiento y la vida á todas las cosas. Por potencia, porque todo está sujeto á su imperio. Señor, Rey Omnipotente, decia Mardoqueo, todas las cosas están puestas en vuestro poder, y nada hay que pueda resistir á vuestra voluntad. Por presencia, porque todo lo tiene presente á su vista. No hay criatura invisible á sus miradas, y todas las cosas están descubiertas y patentes á sus ojos, dice San Pablo. *Tengañas miserablemente, pecador, si cuentas con las tinieblas para ofender al Señor, porque*

las tinieblas no son oscuras para Dios, y la noche luce como el dia, en su presencia.

P. Pues por qué decís que está en los cielos?

R. Porque en ellos se manifiesta mas particularmente.

Dios está especialmente en los cielos y en el Santísimo Sacramento: en los cielos está como en su corte soberana, llenándolos de su gloria, y comunicándola á todos los bienaventurados: y en el Santísimo Sacramento está tan real y verdaderamente como está en los cielos, aunque de un modo sacramental, y comunica en él su gloria á los hombres, les dispensa sus gracias y dones para disponerlos á entrar en su gloria.

P. Qué peticiones contiene el Padre nuestro?

R. Siete: las tres primeras pertenecen al honor de Dios, y las otras cuatro al provecho del prójimo.

La oracion del Padre nuestro es la mas excelente de todas las oraciones, porque se compone de siete peticiones, fundadas en aquella caridad, que consiste en amar á Dios sobre todo, y sin limites ni medida; en amarnos á nosotros ordenadamente, y en amar á nuestros prójimos como á nosotros. Esta oracion es la mas excelente, no solo porque la dijo Jesucristo por su boca, sino tambien porque es el modelo mas acabado, la regla mas completa y la expresion mas hermosa de la caridad, contenida en siete peticiones.

P. Qué pedimos en ellas?

R. Abundancia de todos los bienes, y remedio de todos los males.

No todos los bienes son para cada individuo, ni todos los males están contra él; pero sí son muchos los bienes que necesita, y muchos los males de que puede ser acosado; y como ignora cuántos y cuáles son los bienes que le convengan, y cuáles y cuántos los males que pueden sobrevenirle, por eso pide á Dios aquella abundancia de todos los bienes que le convengan para conseguir su bien eterno, y el remedio de todos los males que le impidan su consecucion. Ademas, este bien eterno es el objeto de sus peticiones, porque todas las hace ordenadas á él, y en él se encierran todos los bienes; así como se tiene el remedio de todos los males en solo ser remediados de lo que puede impedirnos nuestro bien eterno.

P. Qué pedís diciendo: Santificado sea tu nombre?

R. Que sea tenido en reverencia y alabado.

Cuando pedimos aquí que el nombre de Dios sea santificado, no pedimos para Dios alguna santidad que le falte. Dios es la santidad esencial, de donde procede toda santidad en el cielo y en la tierra. Lo que pedimos es que Dios sea conocido, adorado y alabado en todo el mundo. Pedimos que los idólatras, que aun adoran dioses falsos, conozcan al Dios verdadero, le adoren, le alaben y le sirvan; que los judios reconozcan en Jesucristo al Hijo de Dios vivo, prometido á sus patriarcas, anunciado por sus profetas, y esperado tanto tiempo y con tantas ansias por sus padres; que los hereges y apóstatas abjuren sus errores, sujetando la soberbia de su corazon al humilde y divino yugo de la fé; que los cismáticos que con su lastimosa separacion han rasgado la túni-

ca sin costura de Jesucristo, vuelvan reconocidos á la unidad de la Iglesia; y en fin, pedimos, que los cristianos, que tenemos la dicha de ser los verdaderos adoradores de Dios, honremos á Dios con una vida tan justa y tan virtuosa, cual conviene á sus verdaderos adoradores.

¿Pero deseamos de veras lo que pedimos? ¿Procuramos que á lo menos por nuestra parte sea honrado este santísimo nombre? ¡Ojalá que así fuese, y que no se pudiera decir á los cristianos en el día, lo que San Pablo echaba en cara á los judíos en su tiempo! Vosotros, les decia, os gloriais en la ley y deshonrais á Dios quebrantando su ley. Por vosotros, añadía, es blasfemado el nombre de Dios entre los gentiles. En efecto, nosotros no solamente no honramos á Dios con la santidad de nuestra vida, sino que le deshonramos con nuestras malas costumbres; y la relajacion que los enemigos de la Iglesia observan en el cristianismo, es acaso la causa principal de que sea blasfemado entre ellos el santo nombre de Dios y de su Hijo Jesucristo. Honremos, pues, nosotros al Señor con la santidad de nuestras costumbres, y tendremos derecho para decir á todo el mundo, que honre el nombre de Dios y le santifique.

P. *Qué pedis diciendo: Venga á nos tu reino?*

R. *Que esté en nosotros por gracia, y nos dé despues su gloria.*

Apenas se hallará en las Sagradas Escrituras cosa mas recomendada á los hombres que el reino de Dios. El Bautista dió principio á su predicacion, exhortan-

do á los pueblos á la penitencia, porque se acercaba el reino de Dios. Con las mismas palabras lo anunció Jesucristo: es necesario, dijo á los de Cafarnaun, que yo anuncie tambien á otras ciudades el reino de Dios, porque para esto he sido enviado; y esto asimismo mandó á sus apóstoles, ya en su vida mortal, y ya despues de su resurreccion, dándoles su mision para predicar el Evangelio, diciendo á los pueblos: es llegado á vosotros el reino de Dios. ¿Qué, pues, hay que admirar, que cuando nos enseña cómo debemos orar nos intime esta segunda peticion: venga á nos tu reino?

Mas para entenderla bien, es necesario explicar las diversas significaciones de esta expresion *reino de Dios*. *Primero*. Significa la soberanía universal de Dios sobre todo cuanto existe, y en este sentido decia David: Dios es el Rey de toda la tierra, y reinará sobre todas las gentes. *Segundo*. Significa la soberanía especial de Dios sobre los cristianos por medio de la fé y de la esperanza, y en este sentido reina particularmente sobre todos aquellos que están dentro del gremio de la Iglesia, á la que tantas veces llama el Señor *reino de Dios, reino de los cielos*. *Tercero*. Significa otra soberanía de Dios mas particular sobre los fieles cristianos por medio de la caridad, y en este sentido reina sobre los que están en su divina gracia; y este es el reino ó reinado que pedimos principalmente en esta peticion: ¡qué reinado tan feliz! Con cuánto fervor deberémos pedir que reine Dios en nuestras almas acá en la tierra por gracia, para merecer con ella el reino de la gloria. (Como

la gracia da un título para obtener la gloria, basta una petición del reino de Dios para alcanzar con ella gracia y gloria, pues no se da gloria sin gracia, ni gracia sin derecho á la gloria, aunque desgraciadamente se pierda ésta, cuando por el pecado se pierde la gracia. ¡Felices los que logran conservarse en ésta hasta el último instante de su vida; que estos únicamente son los que alcanzan todo el efecto de esta petición.)

P. *Qué pedís diciendo. Hágase tu voluntad así en la tierra, como en el cielo?*

R. *Que la hagamos los hombres entera y prontamente como los ángeles.*

Por desgracia, entre todos los seres del universo, solo el hombre que debía ser el primero en hacer la voluntad de Dios, es el que la resiste. Mandó Dios al sol que iluminase al mundo, y en seis mil años no ha dejado un solo día de cumplir su divino mandamiento. La luna, las estrellas, los astros todos, esa inmensa mole que llamamos cielos, no ha salido en su continuo movimiento ni una sola línea del camino que les señaló la omnipotencia. Los mares, á pesar de sus borrascas y entumecidas olas, siempre han respetado las barreras con que los cercó su Criador, aunque solo son de arena. Lo mismo han hecho y hacen respectivamente todos los demas seres. Solo el hombre, que siendo racional y libre, debía cumplir la voluntad de Dios de un modo incomparablemente mas noble y mas grato á sus divinos ojos, es el que muchas veces no la cumple. Mas no el hombre segun salió de las manos de su Criador, sino corrompi-

do por el pecado original. Nuestros primeros padres saltaron á la obediencia que debian á Dios, y desde entonces el mundo no ha sido otra cosa que el teatro de las desobediencias. Para vencer, pues, esta nuestra rebeldía y fatal propension á desobedecer á nuestro Dios, le suplicamos por esta petición, que nos conceda los auxilios de su gracia para hacer su voluntad santísima en la tierra, como la hacen los bienaventurados en el cielo.

Pero.... ¿podemos nosotros hacerlo así? Ciertamente que no; porque en el cielo no hay mas voluntad que la de Dios, y ésta se hace allí siempre. Los ángeles y los santos cifran su gloria en cumplirla y verla cumplida. Esto no ha sucedido en la tierra despues del pecado de Adán, ni sucederá jamas, porque todos ofendemos á Dios en muchas cosas, dice el apóstol Santiago. ¿Pues qué pedimos cuando decimos: hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo? Pedimos auxilios y gracias para hacer la voluntad de Dios en la tierra, y para hacerla con tal prontitud y perfeccion, que se acerque lo mas posible á la prontitud con que la hacen los bienaventurados en el cielo: pedimos un corazon dócil para cumplir como vasallos fieles, la voluntad de nuestro Rey celestial; un corazon filial para cumplir, como buenos hijos, la voluntad de nuestro adorado Padre; un corazon amoroso para ofrecerlo á un Dios infinitamente amable; en fin, pedimos aquella envidiable obediencia en que fueron criados nuestros primeros padres, aquella obediencia feliz que era en la tierra la verdadera imágen de la obediencia del cielo.

P. *Qué pedís diciendo: El pan nuestro de cada día dánosle hoy?*

R. *Todo lo que es sustento necesario de cuerpo y alma.*

P. *Por qué pedís para hoy limitadamente?*

R. *Por quedar necesitado á pedir lo mismo mañana.*

Como los hombres constamos de cuerpo y alma, y cada una de estas dos sustancias padece sus necesidades, pedimos aquí al Señor que nos dé lo necesario para el cuerpo y para el alma.

Necesario para el cuerpo. Si nuestro primer padre y nosotros sus hijos hubiéramos conservado el estado feliz de la inocencia, ni él ni nosotros habríamos menester de tantas cosas como hoy necesitamos para la conservación de nuestra vida y de nuestra salud, para el bienestar de nuestro cuerpo, su alimento, su medicina, su abrigo, su vestido, su habitación, su defensa, &c.; pues con mucho menos había la Providencia provisto á las necesidades del hombre; pero hoy que por el pecado se ve tan combatida la miserable existencia del hombre; que la multitud y variedad de males que le afligen, y de necesidades que le aquejan; que lo precario é insubsistente de las mas comunes, como son el sustento y el vestido, hacen su existencia, como maravillosa, y obra de una especial providencia de Dios, importa su conservación y ha menester bien toda una petición dictada por la boca de Jesucristo, y mandada hacer por los hombres todos los días para remedio de sus innumerables y cuotidianas necesidades.

Necesario para el alma. Mas como el pecado de Adán no solo hizo miserable al cuerpo y le sujetó á infinitas necesidades, sino que su principal estrago lo causó en el alma, por eso pedimos aquí para el alma el remedio de todas sus necesidades, el alimento espiritual de la gracia, los sacramentos que son su fuente y medio, y que acuden á todo lo que forma la vida espiritual, y sobre todo, el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, en que se nos da el pan del cielo, que es el alimento y vida del alma.

Mas lo que parecería al juicio de los hombres impropio y aun ofensivo á la liberalidad incomparable de un Dios verdaderamente magnífico é infinitamente poderoso, es que esta petición del pan cotidiano se haga limitadamente para hoy. Así lo juzgaría el mundo ó la prudencia humana; pero la sabiduría eterna de Dios no juzga de este modo, y al dictar en tales términos esta petición, nos hace conocer de otro modo la soberanía y magestad divina en la miseria misma é indigencia del hombre, cuyas suertes están en las manos de Dios, y en la falta de merecimiento é indignidad en que el mismo hombre ha caído por el pecado, y que lo constituye un triste mendigo necesitado á pedir cada día su preciso alimento. Vees también en ésta el altísimo consejo de la misma sabiduría divina, pues si á pesar de tanta miseria y de tanta indigencia, todavía el hombre se ensoberbece tanto, ¿qué sería si á una sola petición, Dios le abundara de todos los bienes y remediara todas sus necesidades? Sin embargo, la bondad de Dios es tanta y tan suave su amor, que en la misma oración domi-